

Francisco Villegas Rodríguez

SIETE INVIERNOS DESPUÉS



«Lo que te pido es que participes, que te involucres. Eres la única persona que puede ayudarles a rellenar los huecos que el tiempo haya vaciado, el único que puede poner voz a la memoria de mi padre».

Han transcurrido siete años desde que Estéfano Rinaldi se suicidase en la cárcel tras haber sido condenado por el asesinato de su exmujer y su hijo. Siete años en los que Ernesto, su mejor amigo, trata de superar la ausencia y el remordimiento refugiado en sus pacientes y su soledad. A riesgo de que su ordenada vida se pueda hacer añicos, Ernesto decide aceptar el encargo: revivir unos recuerdos dolorosos para colaborar en la investigación de un suceso ocurrido diez años atrás; encontrar una prueba con la que limpiar la memoria de su amigo; un indicio, una duda que respalde la fe en su inocencia. ¿Cómo investigar un crimen cuando los protagonistas ya no están? ¿Qué precio deberá pagar por despertar los fantasmas de un pasado muerto? ¿Tendrá su lealtad el valor de afrontar la verdad?

A mis hijos: Paco, Miguel y Alejandro. Con mucha diferencia, lo mejor que me ha pasado.

In memoriam: A Francisco Vozmediano Duque, cocinero de un restaurante que hubo en Almerimar, llamado El Segoviano.

SIETE INVIERNOS DESPUÉS

Francisco Villegas Rodríguez

Nada se parece tanto a la injusticia como la justicia tardía.

Séneca

Filósofo latino (2 AC-65) Justicia

PARTE 1. Prejuicios

Nada nos engaña tanto como nuestro propio juicio (Leonardo da Vinci)

Martes, 6 de mayo de 2008 • 21:15 h

La doctora paseaba con calma entre el ajetreo del final de la tarde hacia la parada del autobús. La brisa, algo más fresca a esa hora, se colaba entre las casas del residencial saturada de aroma a brotes verdes. Se hizo a un lado, sin llegar a detenerse, para esquivar a dos chavales que se perseguían entre carcajadas, y contempló con agrado los tonos rojizos y azules del anochecer mientras las farolas de la calle ganaban en intensidad. Inspiró un par de veces para disfrutar de la sensación. Procedente de alguna casa cercana una música violenta ponía la nota discordante, pero cuando el volumen comenzaba a resultar molesto se desvaneció de repente.

En el silencio, le pareció escuchar un grito que pedía auxilio.

Se detuvo atenta.

El grito se repitió desesperado: «¡Socorro! ¡Que alguien avise a un médico!».

Por encima de la valla, a su izquierda, un hombre junto a un ventanal abierto se agarraba la cabeza y volvía a gritar. Sin pensarlo demasiado empujó la cancela y recorrió a toda prisa el camino de grava que ascendía por el céspedes.

—Soy médico —dijo al llegar junto al hombre—, ¿qué le pasa? —Lo sujetó por los brazos.

—¡Es mi hijo! —exclamó espantado, la mirada vuelta hacia el salón.

—¡Cálmese! —Tuvo que zarandearlo un poco—. ¿Dónde está su hijo?

El hombre señaló tras el ventanal y cuando ella entró, a la tenue luz de un par de lámparas pudo ver dos cuerpos tendidos en el suelo. Uno de mujer, con el vestido subido hasta el pecho dejando a la vista la ropa interior, la cara congestionada vuelta hacia ella y los ojos demasiado abiertos pero sin ver.

A un par de metros, un muchacho tumbado boca arriba con un charco de sangre que se extendía bajo su cabeza respiraba con dificultad. Se arrodilló a su lado y le cogió la muñeca; había pulso, aunque débil.

Se volvió hacia la puerta. Junto al padre había un par de vecinos más.

—Avisen al enfermero del centro de salud —ordenó—, que venga con la mochila de parada, y a emergencias, digan que hemos comenzado la reanimación. ¡Y a la policía! —gritó cuando los otros dos ya se alejaban hacia la calle.

El padre se acuclilló a su lado. Lloraba.

—Dios mío, no, no dejes que muera.

—¡Dígame cómo se llama su hijo!

—Leandro, se llama Leandro.

La respiración del chaval sonaba a burbujas. Le abrió la boca y le limpió los restos de algo espeso. Mientras actuaba no cesaba de repetir como un mantra el nombre del niño. El pulso seguía débil y cuando pasó una mano por detrás de la cabeza una parte del cráneo cedió bajo sus dedos; al retirarla estaba cubierta de sangre. Mandó al padre a por una toalla limpia y se la colocó con cuidado bajo la cabeza.

—No lo vamos a mover hasta que lleguen los sanitarios —dijo mientras con disimulo se limpiaba la mano en el pantalón. Se acercó a la mujer para asegurarse y regresó junto al niño.

Un policía local muy joven se asomó por la hoja abierta del ventanal.

—¿Qué ocurre...? —comenzó con voz segura, aunque al ver el cadáver se interrumpió en seco con una mano en

la boca y la cara tan pálida que la doctora temió que se fuera a desmayar.

—Oiga —le dijo—. ¡Oiga! —Consiguió que apartara los ojos de la muerta.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar con voz temblorosa y la mano aferrada al marco.

—Alguien los ha atacado —explicó ella—. La mujer ha muerto. —Por el padre, evitó decir que el niño estaba muy mal—. ¿Puede confirmar que se ha dado el aviso a emergencias?

El policía pareció agradecer la sugerencia y salió. Al instante la sirena de una ambulancia se escuchó cada vez más cercana hasta detenerse frente a la casa y el equipo de emergencias entró escoltado por el mismo policía, seguidos por el enfermero de su consulta. Ella les resumió la situación y comenzaron a estabilizar al niño.

Se apartó unos pasos hacia el padre, que desde cierta distancia contemplaba al muchacho mientras los de emergencias se ocupaban de él. Las lágrimas brotaban mansas, mezcladas en la mejilla derecha con la sangre que goteaba de cuatro arañazos paralelos bastante profundos. Quiso saber cómo se los había hecho, pero él, absorto en su hijo, no pareció escucharla.

—¿Se pondrá bien? —preguntó sin desviar la mirada.

Ella lo miró de lado sin saber qué responder. Fuera ya había oscurecido; el reflejo anaranjado de las luces de la ambulancia iluminaba intermitente el techo del salón y entrecortaba los movimientos de los presentes, como si la alarma de incendios se hubiese disparado en mitad de una representación. Miró a su alrededor mientras una angustiada sensación de futilidad le oprimía la garganta y tuvo la acuciante necesidad de curar los arañazos de la cara de aquel hombre.

—Está en buenas manos, seguro que sí —mintió mientras empapaba una gasa.

Martes, 6 de mayo de 2008 • 21:50 h

Empujado por la cálida brisa, el visillo proyectaba una inquieta mancha de luz con un vaivén como el de las olas en una orilla lejana. La pantalla de un teléfono olvidado sobre la mesilla de noche refulgía con la cadencia irregular de un faro averiado cada vez que la mancha de luz lo salpicaba.

La cortina se apaciguó y el teléfono, contagiado por la urgencia de la llamada, despertó con exigente zumbido y emprendió un insensato viaje por encima del tablero. A tres dedos del filo, la vibración se detuvo y dejó en el ambiente la calma de un mal presagio.

Un instante después, resuelto, el móvil reanudó su danza. El tono de llamada se interrumpió con un chasquido.

—Sí.

—¿Ernesto...? —Un hilo de voz temblorosa. De fondo, otras voces; en la distancia, una sirena.

—¿Estéfano? —Preocupado—. ¿Eres tú, Estéfano? ¿Estás bien?

—Han matado a Blanca. —Una pausa—. Leandro está malherido. —Otra pausa, un sollozo—. Lo llevan al hospital.

—¡Dios mío! Pero ¿qué os ha pasado?

—Yo... no lo sé. —Una voz distante le ordenaba poner fin a la llamada—. Ahora no puedo hablar. ¿Puedes ir al hospital hasta que yo llegue?

Viernes, 13 de enero de 2017 • 21:30 h

Ernesto Pérez Quiroga se despidió de su último paciente de la tarde. Cerró la libreta, desconectó el ordenador y salió al recibidor con la bufanda en el cuello y su abrigo largo y negro sobre el brazo.

—Que tenga un buen fin de semana, doctor Quiroga —dijo la secretaria con una sonrisa.

—Igualmente, Carolina —respondió él tirando de la puerta—. Hasta el lunes.

Hacía mucho frío esa noche, y el contraste de las calles ahora vacías y en penumbra con el bullicio y la iluminación de la recién terminada Navidad acentuaba la gélida sensación. Para el frío del invierno, Ernesto se calzó los guantes y se ajustó el cuello del abrigo; para mitigar el de dentro, sin pararse a pensarlo, decidió que era el momento de comprar un teleobjetivo que acechaba desde hacía meses. Con esa idea consiguió hacer a un lado la añoranza de otras Navidades y disfrutar del paseo. Le gustaba el frío; le gustaba pasear bien abrigado por las calles de Granada en invierno y volver después al calor de un buen fuego en la chimenea, un té negro bien caliente y una buena novela.

En algunas ocasiones, de rodillas frente al toril de sus recuerdos, se atrevía a abrir el portón y reconocer, al compás de las cornadas, que todo aquello no eran más que los sustitutos de un hogar y una familia. Tiempo atrás, poco después de la muerte de Estéfano y su propio divorcio, pensar en eso le resultaba demasiado doloroso. Aun así, más a menudo de lo saludable, se deslizaba con cruel de-

terminación hacia ese espinoso paisaje, forastero entre las lápidas de su pasado, como si hurgar en ese dolor y paladear su sabor amargo fuese un perverso antídoto contra el olvido. Pasaron los años, las llagas cicatrizaron y el pesar por sus pérdidas, igual que la punzada de un hueso roto en días de lluvia, quedó reservado solo para fechas señaladas, como un recordatorio en el almanaque de la cocina o una pregunta sin responder. Y así, excepción hecha de esos aniversarios de venerada melancolía, su vida transcurría plácida y previsible con la tranquilidad de quien, por fin, ha aceptado que algunos lugares no son para él.

Cruzaba Trinidad en diagonal hacia calle Duquesa cuando notó la vibración del móvil en el bolsillo de su camisa. El aire helado se le coló hasta el pecho al desabrochar el abrigo para alcanzar el teléfono.

—¿Sí? —Se detuvo mientras pugnaba por volver a cerrar el botón con la mano libre.

—¿Ernesto? —Una voz juvenil le resultó lejanamente conocida.

—Soy yo, dígame —respondió a la expectativa.

—Hola —dijo la voz, cada vez más familiar—. Soy Hugo. Hugo Rinaldi, ¿me recuerdas?

—¡Cómo no! Ha pasado mucho tiempo... ¿Cómo te va?

—Bien, bien, en verdad.

El tropel de recuerdos pareció desparramarse a su alrededor y alejar la sensación de frío.

—Y tu madre, ¿cómo sigue?

—Ya la conoces.

Claro que la conocía. Flemáticamente inglesa, como siempre, o quizás un poco más con el paso de los años. Ernesto sintió una punzada de culpa por esos pensamientos; sin tener claro el porqué, la relación entre Elena y él siempre fue áspera.

—Me alegro mucho. Tú dirás.

La conversación quedó en suspenso un instante; lo escuchó aclararse la voz.

—Verás... Necesito pedirte algo. Algo para mí —hizo una leve pausa—, y sobre todo para mi padre.

A Ernesto se le secó la boca. Estéfano, su amigo, el padre de Hugo, había muerto —se había suicidado— cuatro años antes en la cárcel.

—¿Tu padre? —acertó a decir.

—No es fácil hablarlo por teléfono. ¿Sería posible que nos viésemos?

Algo en su tono le dio a entender que se refería a esa misma tarde.

—Supongo que sí —dijo Ernesto con la voz ronca.

—Si pudieses venir ahora te lo agradecería infinito.

Ernesto miró su reloj: casi las ocho de la tarde. Aquella historia lo había cogido por sorpresa y ni siquiera tenía claro que le apeteciera remover ese pasado.

—Si no puedes hoy, lo comprendo —comenzó a decir Hugo—. Esto parece un atraco. —Rio nervioso.

—Suenan tan... extraño.

—Lo entiendo, pero todo se aclarará en cuanto hablemos.

—Está bien, ¿dónde nos vemos?

—En la casa de mi padre, en Monte Vives —dijo con el mismo tono que emplearía para proponer algo prohibido—. Te espero aquí.

Ernesto asintió y después de terminar la llamada se dio cuenta de que solo había hecho el gesto con su cabeza. Mientras desandaba parte del camino hasta una parada de taxis trató de recordar cuándo había sido su última visita a aquella casa, pero fue incapaz. Lo único que se le venía a la cabeza al pensar en Estéfano y el residencial Monte Vives era la trágica noche de los asesinatos y los años de desolación que la siguieron.

El taxista, tras dos tímidos esfuerzos por ofrecerle conversación, hizo el trayecto de casi cuarenta minutos en silencio, algo que Ernesto agradeció. El trabajoso avance del coche entre el caos del centro y los cristales empañados

delimitaron una burbuja a su alrededor, con una sensación atemporal que le ayudó a aislarse del presente y sumirse con suavidad en sus recuerdos.

Sábado, 19 de junio de 1992

Era un sábado a primera hora de la mañana, después de una tediosa guardia y con todo un prometedor fin de semana por delante. Comprar algo para prepararse un buen almuerzo, descansar un rato por la tarde y acudir a la fiesta en casa de una compañera con un puñado de residentes del hospital no se le antojaba un mal plan para empezar. Hasta que el coche de aquel descerebrado se cruzó en su camino sin que Ernesto pudiese hacer nada para esquivarlo.

—¡Joder! —exclamó al saltar de su asiento—. ¿Es que no ves por dónde vas?

Un joven bajó del otro turismo entre gestos y disculpas con acento italiano, lo que acrecentó el enfado de Ernesto que empezaba a imaginar problemas con las aseguradoras.

—Lo siento. Me he despistado buscando una dirección —dijo el otro—. Ha sido culpa mía.

—Pues claro que ha sido culpa tuya —apostilló Ernesto tratando de calmarse. «No te jode».

Ninguno de los dos vehículos estaba en condiciones. La rueda delantera derecha del italiano estaba doblada en un ángulo anormal; el de Ernesto tenía la aleta delantera empujada en el neumático y el líquido del radiador era un charco bajo el motor. Tras el coche de Ernesto, los impacientes conductores hacían sonar sus cláxones mientras ellos sacaban los documentos. Estéfano Rinaldi fue el nombre que anotó el italiano en la declaración justo antes de volverse hacia el atasco que se había organizado y gesticu-